

CAPITULO V.

Llegada á Potonchán, capital del cacicazgo de Chakanputún ó Aguanil.—El cacique Moch Couoh.—Fiereza con que recibe á los españoles.—Desembarque de los españoles á hacer aguada.—Estratagemas de Moch Couoh. Ataca á los españoles, y los derrota.—Situación desesperada en que se encuentran despues de la batalla.

A pesar de su propósito de alzar velas desde luego, no comenzaron á navegar sino el miércoles en la tarde, ó el jueves inmediato, próximo anterior á la Semana Santa ¹. Siguieron la costa del sudoeste, y en los primeros seis días gozaron de un tiempo sereno y bonancible que los animó á navegar aun por la noche; pero, al sexto día, se declaró un norte que durante cuatro días y cuatro noches los molestó sin cesar poniéndolos en grave riesgo de encallar en la costa. Temerosos de arrojarse en lo desconocido, por una parte, y, por la otra, con justa zozobra de garrar á tierra, Hernández de Córdoba juzgó prudente echar el ancla, y permanecer inmóvil, hasta que pasase el recio temporal. Así fué que, durante los cuatro días que duró, no adelantaron camino; pero, serenado el tiempo, continuaron costeando, porque querían de nuevo proveerse de agua que ya les escaseaba.

¹ Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 359.

Una mañana, al amanecer, cuando más fastidiados estaban por los sufrimientos del norte pasado, acertaron á descubrir á lo lejos, en la costa, un caserío que se dibujaba en el horizonte, blanco y sonriente y como brotando entre la coposa arboleda y los extensos maizales, que, casi llegando á besar las olas, se confundían con el mar. Para mayor motivo de gozo divisaban entre el agua salobre de la mar, señales de agua dulce de un río que allí debía desembocar, y de la cual estaban muy necesitados, porque, á causa de llevar pocas, pequeñas y desvenecijadas vasijas para agua, frecuentemente se veían expuestos á las duras molestias de la sed. Resolvieron anclar en aquella bahía y desembarcar en buen número y bien armados, para proveerse de agua, y estar en aptitud de resistir con brío y seguridad los asaltos de los enemigos, si se presentasen.

El pueblo adonde debían desembarcar distaba como una legua de la costa, estaba á la orilla del río de Champotón, y era la capital de la provincia marítima de Aguanil. Llamábase el puerto, Potonchan, y allí residía el cacique de la provincia, hombre aguerrido y belicoso, apellidado Moch Couoh, de la familia de los Couohes, que reinaba en Potonchán, como los Xiues en Maní, los Peches en Conkal, los Cocomes en Sotuta, los Cheles en Chicantún, los Kupules en Zací y los Cochuahes en Ichmul.

Dejaron, pues, mar afuera los buques de alto porte, y, tomando uno que calaba menos, y varios botes, se embarcaron y empezaron á subir el río. El trayecto era maravilloso para los castellanos: las dos riberas se distinguían perfectamente, y de la escarpada barranca se levantaban árboles que

en ciertos sitios se entretrejan formando bóveda de todos los verdores conocidos, y frescas y delicadas sombrías. De tiempo en tiempo oscuras y abruptas rocas, peñascos, riscos esparcidos aquí y allá, variaban las sinuosas cintas de verdura que de lado á lado se extendían: altas palmeras dispersas por doquiera; perfumes jamás sentidos que el aire traía en sus ráfagas; en el fondo del cuadro las blancas casas de la población y los remotos azulosos perfiles de las laderas de la sierra cuyas últimas colinas anuncian las montañas de Centro América; nubes de caprichosa é indecible forma; y del otro lado, el mar por horizonte, con su insondable profundidad y extensión incomensurable. Eran las primeras horas de la mañana, cuando se desprendieron de los buques de alto porte, y serían las doce, cuando desembarcaron junto á unos maizales en que había manera de proveerse de agua. No tan pronto habían desembarcado, cuando se les presentaron muchos indios con su cacique á la cabeza, y, entrando en comunicación, por señas les preguntaban si venían del oriente y qué era lo que deseaban. Sencillamente respondieron los españoles que venían de los países del oriente, y que habían desembarcado en busca de agua dulce con qué llenar sus cubas, á lo cual, el cacique les indicó que hallarían agua en el interior, y los invitó á internarse por unas sendas ó vericuetos que delante serpenteaban; pero Hernández de Córdoba, precavido y receloso, no se atrevió á meterse por aquellos pasos desconocidos, y se limitó á tomar agua de un pozo que tenían á la mano, y se retiró á la ribera, pensando embarcarse inmediatamente. Mas, cuando llegaron á

la orilla del río, sería la hora del Ave María, y, como se veían rodeados de indios que los espiaban, Hernández de Córdoba y sus principales capitanes, empezaron á tratar entre sí de lo que debían ejecutar: si quedarse en aquel sitio toda la noche, y esperar la mañana para embarcarse; si tomar desde luego los botes, y ponerse en salvo; ó arremeter incontinentemente á los indios, hasta atemorizarlos y librarse de ellos, de manera que cómodamente pudieran embarcarse. Vacilando é irresolutos en estos pensamientos, al fin optaron por esperar la mañana. En mala hora lo resolvieron, porque al amanecer pudieron darse cuenta de que sus enemigos se habían multiplicado. Estaban ya cercados de innumerables escuadrones de guerreros, cuyo visible aspecto denotaba que ardían en deseos de batir á los invasores, hasta arrojarlos de su suelo ó anonadarlos, haciéndolos desaparecer de la faz del globo. En efecto, aun el sol no había aparecido en el horizonte, cuando los mayas, sonando una trompeta, con sus banderas tendidas, tambores y gritería, se arrojaron con ímpetu y ferocidad á la pelea. Piedras, flechas, palos, cayeron sobre el campamento español como granizo en asoladora turbonada, y esto en tanta cantidad, que desde luego ochenta españoles fueron heridos. Tanto arrojó y denuedo mostraron los indios, que, arrostrando los tiros de las lombardas que para ellos semejaban truenos del cielo, llegaron á mezclarse con los españoles, peleando con ellos cuerpo á cuerpo: ellos armados de flechas, hachas y lanzas cortas, y los españoles con estoques, cuchillos, escopetas y ballestas. Las heridas con que los indios quedaban desjarretados y desbarri-

gados hicieron caer á muchos de ellos, con que comenzaron á cejar un tanto, pero sin abandonar el campo. Aun podía creerse que se alejaban para disparar certeramente sus flechas de pedernal, como si se tratase de tirar al blanco. No dejaban tregua á los españoles, porque, si se aproximaban los indios, era preciso rechazarlos á cuchilladas, á estocadas y lanzas; y si se alejaban, era preciso dividir el trabajo, de suerte que constantemente mientras unos cargaban, otros tiraban: que si se dejara tregua, eran muy capaces los indios de invadir el campo y de arrollarlo todo como inmenso alud. Su saña principal se dirigía al caudillo, al capitán Hernández de Córdoba, pues se oía cómo gritaban *ti halach uinic, ti halach uinic*, que quiere decir *al jefe, al jefe*, pensando bien que, muerto el general, el ejército perece. Y estuvo á punto de suceder, pues el capitán Hernández de Córdoba recibió doce heridas según unos testigos, y treinta y tres según otros; y no leves de seguro cuando le costaron la vida, muriendo á consecuencia de ellas, pocos días después de su vuelta de la expedición, en su casa de la villa de Sancti Spiritus, en Cuba. A pesar de las grandes pérdidas que sufrían los indios, no desmayaban: cuatro horas¹ consecutivas había durado la refriega; casi todos los españoles estaban heridos; uno que se había atrevido á salir un tanto del campo había sido muerto; y Alonso Bote y otro viejo portugués habían sido cogidos prisioneros por los indios.

¹ Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo IV, pág. 360; pero Bernal Díaz del Castillo dice: «estuvimos peleando en aquellas batallas poco más de media hora.»

La pérdida de estos dos prisioneros que, á su vista, se llevaron los indios, sin poderlos defender, cincuenta muertos que yacían por el suelo, las heridas de todos, con excepción de uno llamado Berrio, eran parte á quebrantar el ánimo más valiente, y, sobre todo, viendo que á cada momento llegaban más soldados de refuerzo, cuyo número debía acabar por anonadarlos. Fué entonces cuando Hernández de Córdoba resolvió tocar retirada, y, poniéndolo en práctica, formó un sólo escuadrón con los soldados que le quedaban, y, cargados los heridos que no podían sostenerse, rompió á viva fuerza las filas enemigas y se lanzó á la orilla del agua á alcanzar los botes. Los indios los siguieron con gran ímpetu y vigor, con alborozo y gritería, y, lo que es más, haciendo llover sobre los españoles en retirada fuerte granizada de piedras y flechas. Lo más angustioso fué que, como en la barranca había mucho cieno, los botes estaban atollados, y como los españoles iban de cerca perseguidos, no pudieron conservar la serenidad y firmeza necesarias para embarcarse en calma: ansiosos de alcanzar los botes, se arrojaban á ellos como podían, y los botes se iban al fondo; y así hubieran perecido todos, si á tiempo no se hubiera acercado á socorrerlos un navío pequeño, al cual pudieron llegar asidos unos de los mismos botes y otros nadando. Y era tiempo, porque la osadía de los indios creció tanto, que no se conformaron con tirarles desde la orilla á los fugitivos que pugnaban por abordar á los navíos, sino que echaron al agua sus piraguas y se lanzaron en persecución suya.

Recogidos al abrigo de sus buques, los españo-

les todavía tuvieron la tristeza de ver morir á cinco compañeros que no pudieron resistir las heridas, y que elevaron á cincuenta y siete las pérdidas sufridas. Fué tan grande la pesadumbre que la derrota causó, que pusieron por nombre á este lugar «Bahía de la Mala Pelea.»

Pasada lista, y curados los heridos, Hernández de Córdoba pudo medir todo el tamaño de su desventura. El agua se había consumido, pues por ella habían bajado á tierra; pero, con la premura de la retirada, ni una gota habían traído, y así se habían quedado en peor condición que antes, porque antes no estaban heridos, y en salud mejor podían soportar los ardores de la sed; pero ahora, abatidos, enfermos y heridos, tenían que sobrellevar doble tribulación. Y además, como estaban también heridos muchos marineros que habían saltado á tierra, para hacer aguada, se hubo de resentir carencia de hombres para las maniobras de las tres embarcaciones, y por fuerza hubo que distribuir los marineros sanos en dos de los buques, trasbordarse todos á ellos, y quemar el tercero, después de aprovechar lo que de él se pudo. Con este arreglo, y decididos á arrostrar con la sed, se resolvieron á desandar camino.¹

¹ Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 360.—Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 498.—Bernal Díaz del Castillo, op. cit. capítulo IV.—Francisco López de Gomara en la colección de D. Enrique de Vedia, pág. 186.—*Vida de Cortés*, pág. 340.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Vol. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO VI.

Vuelta á Cuba.—Detención en Río Lagartos.—Se cruza el Golfo de México.
Desembarque en las costas de Florida.—Llegada á la Habana.

En tan duras condiciones se dieron á la vela, de regreso para Cuba. En su camino de vuelta siguieron el litoral de la península, porque no perdían la esperanza de proveerse de agua, de que tanta carencia padecían. Los vientos les fueron favorables, y llegaron á los tres días á Río Lagartos. Desembarcaron allí varios marineros y soldados con azadones para escarbar la tierra hasta dar con agua, y la encontraron; pero tan salobre que era imposible beberla. Cuando se ocupaban en llenar sus barriles y en cargar los botes, empezó á soplar un fuerte viento del norte que dificultó alijar el agua, y que también puso en grave peligro á los mismos buques, porque, con estar heridos los soldados, tuvieron que bajar á tierra la mayor parte de los marineros, y, al soplar el norte, faltaba gente de mar para las velas y maniobras. Afortunadamente, los marineros que habían desembarcado se apresuraron á volver á bordo, y pusieron al buque en situación de resistir el norte dos días y dos noches que duró.

Sosegado el mar, el piloto mayor, Antón de Alaminos, creyó hacer viaje más breve poniendo la